Infancia, adolescencia y juventud

Juan Ramón Garza Guajardo

Los biógrafos de Benito Juárez se han detenido a ponderar la importancia que tuvo en su vida y su carácter el ambiente socioeconómico y geográfico de su nacimiento y de los primeros años de su vida. Si ahora ya no es del todo verdad que el carácter del hombre queda determinado por el medio en donde vive pues la globalización ha roto esas barreras, sí lo era en los tiempos en que Benito Juárez vino al mundo.

Trescientos años de dominio español han transcurrido y la Nueva España, colonia que ha sido la más saqueada, está lista para emprender la lucha por su libertad y liquidar todas las trabas impuestas por España, que obstaculizan su desarrollo político, económico y social. La independencia era una necesidad objetiva que la historia planteaba al continente y a la España feudal y absolutista que estaba ya incapacitada para seguir imponiendo el yugo opresor.

Las inmensas masas explotadas, los indios, los campesinos, mineros, artesanos; como también la clase criolla en donde se reunían los comerciantes,

terratenientes; las esferas bajas y medias de la administración civil; los grados intermedios del ejército y bajas jerarquías eclesiásticas y los incipientes industriales; todos ellos manifestaban ya claramente su descontento con el régimen.

Al inicio del siglo XIX la Nueva España era un país de gran riqueza y bienestar aparente. La política seguida en sus colonias por Carlos III, Rey de España, reanimó la economía del país, aumentando la agricultura y las pequeñas industrias. La Ciudad de México, capital de la Nueva España, llegó a ser la más hermosa y grande de las ciudades de América.

Pero toda esa prosperidad era aparente. En el fondo de la sociedad colonial existía un profundo malestar, ocasionado por causas de carácter social, político, económico y cultural que determinaron, fundamentalmente, el odio irreconciliable entre un reducido sector de privilegiados y los grupos que integraban la población novohispana.

La población de la Nueva España llegó a tener unos seis millones de habitantes, los cuales estuvieron divididos en cuatro grandes sectores: indios, mestizos y castas, criollos y peninsulares.

El sector más numeroso de la población fue el de los indios. Eran despreciados y explotados por las demás clases sociales y estaban separados de ellas por el idioma y la civilización. El gobierno colonial nunca los incorporó a la civilización europea y por eso llevaron una vida primitiva y triste. El derecho de conquista los convirtió en encomendados, es decir, en jornaleros de los grandes propietarios que los ocupaban en las labores más pesadas de los campos y las

minas, trabajando de sol a sol, percibiendo un mísero sueldo que era absorbido en la tienda de raya, donde obtenían artículos malos a precios elevadísimos. Se les castigaba despiadadamente y sus protestas siempre fueron ahogadas en sangre para escarmiento de los demás.

Es en este contexto histórico que ve la luz primera aquel indio zapoteca un 21 de marzo de 1806, hijo de Marcelino Juárez y de Brígida García, en San Pablo Guelatao, estado de Oaxaca; fue bautizado al día siguiente de su nacimiento en la parroquia de Santo Tomás Ixtlán:

> En la Iglesia Parroquial de Santo Tomás Ixtlán, el 22 de marzo de 1806, yo, Don Ambrosio Puche, vicario de esta doctrina, bauticé solemnemente a Benito Pablo, hijo de Marcelino Juárez y Brígida García, indios del pueblo de San Pablo de Guelatao perteneciendo a esta cabecera; sus abuelos paternos son Pedro Juárez y Justa López, los maternos, Pablo García y María García y como madrina lo fue Polonia García, india casada con Francisco García, y le advertí su obligación y parentesco espiritual y para constancia lo firmo con el señor cura, Mariano Cortabarría: Ambrosio Puche.

Juárez nació en el corazón de la montaña; Guelatao significa en zapoteco: "laguna del encanto o laguna encantada". Su etimología proviene de los vocablos Guiela, "laguna", y Tao, "sobrenatural, encanto". Los pobladores de la sierra llaman al pueblo "Yelatoo", que quiere decir: "laguna grande o inmensa".

Todos los nombres que recibe el municipio son alusivos a la gran laguna que se encuentra ubicada en el corazón del pueblo.

Juárez fue, como todos sus conterráneos, un pastorzuelo, un mozo casi desnudo y sin poesía bucólica ni en la fisonomía, porque ni sus ojos ni sus labios reían con la perpetuamente renovada risa de los niños; cuando tenía tres años de edad muere su padre. Meses más tarde, la madre muere al dar a luz a una niña, dejando a los hijos en la más completa orfandad. Josefa, Rosa y Benito son recogidos por los abuelos paternos, Pedro Juárez y Justa López, y la hermana recién nacida, María Longina, es entregada a Cecilia García, tía materna. A los pocos años murieron sus abuelos quedando bajo la tutela de su tío Bernardino Juárez.

Apenas tuvo uso de razón, se dedicó a los trabajos del campo, al pastoreo de un rebaño de ovejas. Pero como era de aquella raza selecta de los que quieren saber, mientras pastoreaba el rebaño iba obteniendo lecciones de la vida, de su propia condición; fue balbuciendo y deletreando el ideario que cuando hombre y gobernante aplicaría a la realidad de su país. De esta manera, puede decirse que antes de saber de letras, supo de la descarnada verdad del México de su tiempo: la pobreza, la ignorancia, la injusticia.

En cuanto al deseo de saber, cuenta Juárez en los *Apuntes para mis hijos* que cuando el tío Bernardino le tomaba la lección de gramática, él mismo –al igual que Juana de Asbaje– le llevaba la disciplina para que lo castigara, en caso de no saberla.

Era indio, nunca dejó de serlo. Pero muy niño se dio cuenta de que para actuar sobre el mundo y cambiarlo a la medida de la justicia, era preciso hacerse

de una lengua de alcance nacional que le permitiera servir a los mexicanos todos y no sólo a sus conaturales, los zapotecas. Esto explicaría el gran tesón con que luchó por aprender la lengua castellana.

Guelatao era un pueblo corto, carecía de escuelas, ni siquiera se hablaba allí el idioma español. A pesar de los empeños de los reyes de España por hacer que en todas las parroquias se instalara una escuela de primeras letras, ni en Guelatao ni en Ixtlán se establecieron, por lo que sólo los padres pudientes mandaban a sus hijos a la ciudad de Oaxaca para que se educaran; los pobres los ponían a servir en las casas ricas, a cambio de que se les enseñara a leer y escribir. Para Benito Juárez no había más camino que este último. Y eso era importunar al tío para que lo llevara a Oaxaca, único sitio en que podía aprender. Pero los quehaceres de labranza del uno y de los de pastoreo del otro iban aplazando indefinidamente el viaje. Además, Juárez se resistía a la idea de separarse del tío querido a pesar de recibir en varias ocasiones la dureza del látigo al descuidar las ovejas, dejar la casa que había amparado su niñez y su orfandad, alejarse de sus compañeros de infancia, dejar su pueblo. "Era cruel –escribió cuando hombre– la lucha entre los sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida, para procurarme educación". Pero pudo más su deseo de instruirse.

Aquel niño serio, tranquilo, callado y reflexivo llegaba a los doce años acantonado en su roca indígena, sin poder hablar la lengua de Castilla, es decir, encerrado en su idioma como en un calabozo, sin más medio de contacto con

el mundo de lo intelectual que la doctrina cristiana explicada en zapoteca y que le revelaba todo el mundo moral, sin que se diera cuenta exacta de ello. Debajo de su impenetrable fisonomía tomaba líneas precisas una decisión: irse a la vida, irse al mundo, irse al idioma que lo pusiera en medio de las ideas, en medio de una corriente que pensara. Lo lejano y agreste de la sierra en donde estaba el pueblo lo salvaguardaba de las tropas realistas e insurgentes, de manera que creció ajeno a estos hechos. Para él pasaron casi desapercibidos todos los acontecimientos que se dieron en los inicios de la Independencia.

Siete años tenía cuando José María Morelos y Pavón entró en Oaxaca, aquél fue un gran acontecimiento; pero pasajera su resonancia en la lucha, efímero su recuerdo. Pronto la población no tuvo de aquella visita sino la imagen deslumbrante, la del caudillo vestido de gala, al frente de sus soldados victoriosos. Morelos, tras de una breve permanencia, volvió al camino, rumbo a Acapulco. Una leyenda quedó flotando en el aire del valle y trasponiendo las montañas, recorriendo sierras, llanuras y cañadas, llega a todos los pueblos. Es la del acto heroico de Miguel Fernández Félix, que ante una fosa, exclama: "Va mi espada en prenda, voy por ella". Algo de todo esto debió de llegar a oídos del niño Benito. Doce años tenía cuando pasó por San Pablo Guelatao una partida insurgente, hambrienta y en huida. Ante los ojos del muchacho se representa la escena de la entrada de Morelos en Oaxaca, estos fueron los únicos momentos que tuvo contacto con la realidad que sucedía en su estado y en el país.

Josefa, su hermana mayor, ha ido a vivir a Oaxaca y trabaja de cocinera en

la casa de la familia del genovés Antonio Maza. Guelatao es lugar de tránsito, punto en que convergen los caminos por los que circulan los peones de las haciendas vecinas y las largas caravanas de arrieros rumbo a la ciudad de Oaxaca. Los hombres de los coches, los caporales, los arrieros, hablan en el pueblo de la ciudad; Benito empieza a entender que existe otro mundo donde puede desarrollar su inteligencia. Las ansias por saber, por aprender, lo impulsan hacia la capital.

Unos arrieros deciden su partida. "Era el miércoles 16 de septiembre de 1818 –escribió en sus *Apuntes*–. Me encontraba en el campo como de costumbre con mi rebaño, cuando acertaron a pasar, como a las once del día, unos arrieros conduciendo unas mulas con rumbo a la sierra. Les pregunté si venían de Oaxaca, me dijeron que sí, describiendo, a ruego mío, algunas de las cosas que vieron y siguieron luego su camino. Pero he aquí que al examinar mis ovejas me encuentro que me falta una. Triste y abatido estaba cuando llegó junto a mí otro muchacho más grande de nombre Apolunio Conde. Al saber la causa de mi tristeza refirióme que él había visto cuando uno de los arrieros se llevó la oveja". El temor de la brutalidad del tío envuelve a Juárez y la fuga se realiza: catorce leguas recorre llevando sólo como equipaje capa hecha con palma.

Al amanecer del 17 de diciembre de 1818, llega a Oaxaca. Anduvo de puerta en puerta preguntando por su hermana Josefa, cocinera en casa rica, la gente que hablaba español se negaba a contestarle, pero al cabo encontró a un individuo que hablaba zapoteca y le indicó la ubicación de la casa de don Antonio

Maza, el comerciante genovés para quien trabajaba su hermana. Cuando se encuentran se abrazan y lloran y se dicen ternezas en el idioma nativo, porque para los indios zapotecas un dolor no se liquida hasta en tanto que lo lloran juntos. "Consuela –escribió Juárez más tarde– sentir y llorar juntos las desgracias mutuas".

A su llegada a Oaxaca el movimiento de Independencia estaba aletargado, pero en la realidad, el país mostraba indicios de cansancio de tantos años de lucha. Los campos, minas y pequeñas industrias estaban abandonados. Los caminos, llenos de bandoleros, los jefes militares, tanto realistas como insurgentes ejercían poderes extraordinarios y exigían impuestos, forrajes, animales y hombres, lo que les permitió conquistar un poder que nunca habían gozado y que tratarían de mantener; esto hizo que el gobierno virreinal perdiera el control político y cayera el cobro de impuestos.

La familia Maza toma bajo su protección al joven Juárez y quiere cumplir con el ejemplo de que se tiene que convertir a los herejes, hacer de ellos los propagandistas de la fe que les ha deparado tan vasto territorio, ahora empobrecido por la guerra de independencia, iniciada años atrás. Pasó Benito Juárez los primeros días trabajando en una granja. Su hermana Josefa lo inicia en la vida tranquila de Oaxaca con dos reales de salario, mientras encuentra casa en dónde vivir. No es difícil imaginar al joven Benito con sus calzones blancos, embelesado caminando por las calles de la ciudad de Oaxaca, acompañando a su hermana Josefa en los mandados, y en la calle toma cuerpo con él la idea de una vida mejor, menos arisca, más ancha y, sobre todo, más luminosa.

Todo en la vida de este indio zapoteca parece milagroso, providencial. Antonio Salanueva, muy amigo de la educación de la juventud, lo toma bajo su protección y lo inscribe en la escuela para que aprenda a leer y escribir, "de ese modo quedé establecido el 7 de enero de 1819". En Oaxaca de fines de la colonia sólo existía una institución de primeras letras, la escuela Real, de manera que a ella envió Salanueva al joven Benito. Su protector vive de encuadernar libros. Mientras asiste a la escuela, Juárez aprende el oficio. Antes de encuadernarlos, así los entendiera a medias, lee a los autores favoritos del tutor: Jerónimo Feijóo, a San Pablo; acaso también a Tácito, a Salustio, y a los mexicanos José María Luis Mora y José Joaquín Fernández de Lizardi, un eco de cuyas doctrinas se advierte en las ideas del Juárez hombre del Estado.

La escuela de la ciudad de Oaxaca era típica de la época, con sus dos departamentos: uno para niños decentes, atendidos por un maestro; y otro para niños pobres, manejado por un ayudante. No se enseñaba gramática castellana, cuyo aprendizaje era la máxima preocupación de aquel niño. Leer, escribir y aprender de memoria el catecismo del padre Ripalda era lo único que se instruía y el maestro, en vez de mostrarles a los alumnos las faltas de escritura en que incurrían y enmendárselas, aquél sólo daba en castigar a los pobres niños. Aquellas y otras injusticias lo ofendieron profundamente, a la vez que afirmaron en él la decisión de abatir las diferencias sociales, los remanentes de la tradición colonial. Pero aún dominaban en el ambiente las herencias del pasado, las preocupaciones de un mundo del que México acababa de salir, pero que

no podía decirse que estuvieran vencidas. Y como otro gran americano, el argentino Domingo Faustino Sarmiento, Benito Pablo decidió al fin aprender el idioma por sí solo, que llegó a escribir y hablar correctamente.

Su juventud y la lucha por aprender

A los 15 años Benito ya no es el indio descalzo y hosco. Se le ve, gracias a los sacrificios de su hermana Josefa y los cuidados de Salanueva, convertido en un joven prometedor. Los viejos calzones se transforman en unos de blancura sin igual que vienen denunciando, desde lejos, su presencia. Por su parte, el señor Maza coopera a su vez y de su ropero salen algunas camisas, que van a enriquecer el pequeño guardarropa de Benito.

El joven Juárez veía entrar y salir del Seminario Pontificio de la Santa Cruz a muchos jóvenes que iban a hacer la carrera del sacerdocio, única reservada a los indios y predilecta del tío Bernardino y de su tutor Salanueva, eclesiástico frustrado. Pero había algo más: los clérigos gozaban fama de hombres sabios y era hecho cierto que se les respetaba y consideraba, por el saber que se les atribuía y como lo que Benito Juárez quería era saber, pidió que se le inscribiera en el seminario, aunque no con el ánimo de ordenarse sacerdote, para lo que no se sentía atraído. Lo cierto es que Benito no tenía la vocación, y más que eso, pues según confesara más tarde, sentía cierta repugnancia hacia esta carrera. Ofreció que realizaría todo el esfuerzo por hacer compatibles el cumplimiento

de sus obligaciones en servicio de Salanueva con su dedicación al estudio a que iba a consagrarse. El padrino no sólo recibió con agrado la petición de su ahijado, sino que lo estimuló para que la llevara a efecto, recordando que ya tenía recorrido medio camino, pues hablando el idioma zapoteco, podía ordenarse a ese solo título, conforme a las leyes eclesiásticas de América. Que eso –hablar una lengua india– lo relevaba de la exigencia de algún patrimonio, mientras obtenía algún beneficio.

La entrada de Benito al Seminario tenía lugar unas semanas después de que Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero consumaban la Independencia al hacer una entrada triunfal en la capital de México, en medio de un desbordante optimismo que parecía olvidar las condiciones deplorables con que se estrenaba. En primer lugar, la constituía una sociedad multinacional que hablaba más de cien lenguas y dialectos que, además, carecía de experiencia política.

Gracias a las buenas voluntades que privaron en los primeros meses, se lograron llevar a cabo las elecciones y el congreso constitucional se inauguró el 24 de febrero de 1822, y pronto se notó una tremenda división política. Tres partidos se formaron: el iturbidista, compuesto por los antiguos realistas; el borbonista, donde se agruparon peninsulares adinerados que deseaban el trono para Fernando VII; y por último, el republicano, integrado por antiguos insurgentes y criollos intelectuales. Los iturbidistas actuaron rápidamente consiguiendo proclamar emperador a Iturbide quitándole libertad al congreso, pero en las provincias fue grande el regocijo que produjo la elevación del generalísimo.

Al tiempo que esto acontecía, el joven Juárez entró en el seminario en calidad de alumno externo, a la edad de 15 años estudió gramática latina, "por supuesto –dice– sin saber la castellana, al igual que la mayoría de los estudiantes, por el atraso en que en aquellos tiempos se hallaba la instrucción primaria". En el seminario dio nuevas muestras de su voluntad, de su carácter, de aquel decidido empeño de saber, de aquella convicción de que sólo siendo instruido podría influir en su pueblo. De los últimos lugares, ascendió a los primeros en las aulas del seminario. Ante el asombro de los blancos, y contra el prejuicio de que los indios eran de raza inferior, el joven de Guelatao sabía las lecciones que otros no aprendían. Cosas que ignoraban los blancos las sabía el pobre indio. Un par de años más tarde concluyó sus estudios de gramática latina con las calificaciones de "excelente" y al cabo se graduó de bachiller en 1827. Su padrino, don Antonio Salanueva, quiso que estudiara teología moral para que al año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas. Pero eso iba contra los anhelos de Juárez que no quería ser sacerdote sino estudiar. Manifestar su inconformidad con los deseos de Salanueva constituyó un verdadero trance, pero el padrino le permitió continuar sus estudios, tal vez con la oculta esperanza de que el joven cambiara su propósito.

"Luego que concluí mi estudio de gramática latina mi padrino manifestó grande interés porque pasara yo al estudio de Teología Moral, para que al año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas. Esta indicación me fue muy penosa tanto por la repugnancia que tenía a la carrera eclesiástica como por la

mala idea que tenía de los sacerdotes que sólo estudiaban gramática latina y Teología Moral y a quienes por este motivo se les ridiculizaba llamándoles "padres de misa y olla" o "larragos", por que sólo estudiaban Teología Moral en el libro del padre Larraga. Del mejor modo que pude manifesté a mi padrino, con franqueza, este inconveniente, agregándole que, no teniendo yo todavía la edad suficiente para recibir el presbiterio, nada perdía con estudiar el curso de artes. Tuve la fortuna de que le convencieran mis razones y me dejó seguir mi carrera como yo deseaba".

El joven liberal

En 1828 se inscribe en el Instituto de Ciencias y Artes recién fundado, contra la opinión de su padrino y protector. El Instituto era independiente de la tutela del clero y destinado para la enseñanza de la juventud en varias ramas del saber humano que eran difíciles de aprender en aquel estado, donde no había más establecimiento literario que el Colegio Seminario Conciliar. El director y catedrático del Instituto pertenecía a la corriente liberal y la entrada de un exalumno del seminario los enorgulleció. La timorata sociedad oaxaqueña, excitada por el clero, llamó al Instituto "casa de prostitución" y a los profesores y alumnos "herejes y libertinos". El cambio de Juárez es violento, ya que de una sociedad conservadora salta al razonamiento del liberalismo. Es en este momento que sus ideas políticas se forman y toman el rumbo del Liberalismo, que fue la

religión de toda su vida. Los hombres del partido liberal en Oaxaca, por otra parte, necesitan discípulos ilustres y los encuentran en las figuras de Miguel Méndez y Benito Juárez. Por su edad Méndez se convierte en maestro, su casa fue un centro de reuniones políticas que integró a los inquietos liberales. Esto afectó a toda la sociedad, pues la misma iglesia se vio dividida y muchos eclesiásticos del país optaron por las ideas progresistas. Así, el dominico Francisco Aparicio, director y maestro del Instituto, abanderó la defensa de los ataques que recibió el plantel.

La hostilidad forzó a estudiantes y catedráticos a tomar parte "en todas las cuestiones políticas que se suscitaban en el estado". Por lo tanto, en 1828, Méndez, Juárez y otros liberales oaxaqueños se declararon por la candidatura de Vicente Guerrero, hecho que es considerado "su bautismo político". No tardó el joven Benito en entrar en el grupo dirigido por el gran liberal del estado Ramón Ramírez de Aguilar, mismo que después patrocinaría su elección para la diputación local.

En el Instituto ocupa los primeros lugares por su tenacidad en el estudio y por la entonación liberal de sus primeros pronunciamientos. El joven Juárez tomaría parte principal en las luchas políticas y en 1829, a los 23 años de edad, sustenta un acto público de derecho ante un jurado de absortos abogados del foro local. Él, pausado y tranquilo, toma asiento en la silla, desarrolla con palabras lentas su tesis de una completa intención revolucionaria, en donde argumenta que: los poderes públicos constitucionales no deben mezclarse en sus

funciones, debe haber una fuerza que mantenga la independencia y equilibrio de estos poderes, esta fuerza debe resistir el tribunal de la opinión pública, les confirma de la realidad de la situación y contra el gobierno del Estado, de extracción conservadora. El examen causa revuelo en Oaxaca, mientras los liberales lo saludan, los conservadores se le apartan.

Durante 1829 se da la sucesión presidencial del país y del estado; la noticia de la llegada de la expedición de reconquista, encabezada por el español Isidro Barradas; los estudiantes del Instituto se alistaron en las milicias cívicas y Juárez fue nombrado teniente de una de las compañías. No se materializó el temor de que la invasión tocara el Istmo de Tehuantepec, de manera que Benito no tuvo que distraer sus estudios.

En el mes de octubre de 1830 Juárez sustenta otro acto público y días después del examen se le concede la dirección del Instituto Auxiliar de Física; es decir, es alumno y maestro en el mismo plantel con un sueldo de 30 pesos, lo que le permite ser autosuficiente. Continúa en esta función mixta hasta el año de 1831 en que termina su curso de jurisprudencia y el licenciado Tiburcio Cañas le abre su *buffet*, pero los clientes escasean, prefieren dejar en manos de jueces y escribientes algunos centavos en vez de ocupar un licenciado a quien no podían pagar honorarios decentes; Juárez tiene que acudir a otros oficios para cubrir sus gastos indispensables y a consecuencia de ello se orienta, como resultado de la pugna existente entre el Seminario y el Instituto de Ciencias y Artes, hacia el terreno de la política.

Con el triunfo del general Vicente Guerrero el partido liberal obtiene el poder y en Oaxaca se verifican radicales transformaciones. Los puestos públicos se reparten entre los elegidos y Benito puede conocer una situación algo más holgada, menos miserable. En 1832, al terminar el período de la legislatura local, el gobierno oaxaqueño lo hace diputado, impulsado por el gran líder del partido liberal don Ramón Ramírez de Aguilar; lo que representa para Juárez un gran desgarramiento interior, porque el padrino Salanueva no ha perdido, a pesar de todo, sus viejas intenciones de ver al hombre que ha formado vistiendo una sotana. En estos momentos explota una revuelta importante en la nación y el pueblo se rebela contra el gobierno de don Anastasio Bustamante, y en Oaxaca se dicta una ley de expulsión de todos los españoles. El novel diputado asiste a la cámara con su mismo silencio; no toma parte en los debates sino para dejar esclarecido un punto; para pedir la sustitución de una palabra en el acta de la sesión anterior, y se propone una actividad pacífica, pero vigilante, y así lo sorprende, como sorprende a la ciudad, una noticia cruel: el asesinato del presidente Vicente Guerrero. Al día siguiente Juárez se presenta ante la cámara con un semblante pálido y decapado. Trae en las manos un pliego de papeles y en los ojos una mirada de furia, pues se trata de un proyecto por medio del cual se declara que los restos del caudillo pertenecen en propiedad al estado de Oaxaca, que Cuilapán, pueblo en que había sido fusilado Guerrero, se llamará en adelante Guerrerotitlán y se invitará a doña Guadalupe Hernández, viuda de Guerrero a visitar la tumba del héroe que había de ser alzada por cuenta del Estado.

Esto fue un acto de un alto espíritu cívico por parte de Benito Juárez y protesta viva ante la historia contra el crimen perpetrado por el presidente Bustamante y sus ministros Facio y Alemán. Esta actitud de Juárez es también un reto al gobierno federal y causa otro revuelo en la ciudad y, como sus compañeros de Cámara, llevados por el entusiasmo, dan su aprobación inmediata al decreto, el joven indio tiene su rato de gloria.

Por decreto del 23 de marzo de 1833, se logró que se exhumaran los restos de Guerrero y fueran trasladados al convento de Santo Domingo, en Oaxaca. También se declaró al yerno de Guerrero, el licenciado Mariano Riva Palacio, ciudadano del estado. No se aprobó, sin embargo, el cambio de nombre de Cuilapán.

El trauma de estos acontecimientos hizo que se refugiara en su carrera y el 17 de diciembre de 1833 solicita su último examen profesional ante la Corte de Justicia del Estado. Al terminar el examen, se le concede la palabra, en la que Juárez dice: "...mi educación política y civil la debo al Estado, fruto precioso de la Independencia y de la libertad...; hoy disfruto de la satisfacción de terminar mi carrera literaria ante vuestras excelencias que han tenido la dignación de readmitirme a este examen, y a vistas de mis compatriotas, a quienes espero ser útil en todo tiempo". El 13 de enero de 1834, aprobado por el voto unánime de la corte de Justicia, se le expide el título de abogado, que es el primero habilitado por los tribunales de Oaxaca.

Para ese momento, el joven Juárez era todo un liberal. Fuera de sus rasgos físicos, quedaba poco de aquel indio zapoteca que había llegado dieciséis años

atrás a Oaxaca con tan sólo la ilusión de encontrar a su hermana y poder aprender a leer y escribir. Benito había sufrido la transformación de identidad que la educación brinda y, sin abandonar su compromiso con los problemas de los desposeídos y de sus orígenes, siguió su ascenso que lo llevaría a ocupar la presidencia de México.

Bibliografía:

1. Ayala Anguiano, Armando. *Juárez de Carne y Hueso. Biografía Novelada.* Ed. Contenido. México, 1990.
2. González Blackaller, Ciro. *Síntesis de Historia de México.* Ed. Herrero. México, 1958.
3. Henostrosa, Andrés. *Los Caminos de Juárez.* Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1972.
4. Palencia Oyarzabala, Ceferino. *Benito Juárez.* Ed. Everest. México, 1983.
5. Torres Quintero, Gregorio. *México hacia fines del virreinato.* Ed. Cosmos. México, 1980.

Abogado, funcionario, reformador y político. Las Leyes de Reforma

Mario Treviño

La historia de nuestro país en la primera parte del siglo XIX se vio marcada por las constantes luchas a las que había sido sometido, el despojo de territorios, así como las diferencias constantes entre los grupos políticos en que se había dividido el país: liberal y conservador. El grupo liberal contaba con muchos seguidores en el país, estaba formado por hombres en su mayoría jóvenes: médicos, militares, abogados, que defendían las libertades individuales, como de imprenta, de tránsito, de religión y de educación; también querían una república federal y buscaban que la iglesia contribuyera con sus riquezas a mejorar la economía. Era un grupo que había heredado la ideología de los insurgentes que deseaban cambiar la situación política, económica y social sufrida durante la Colonia. Con el federalismo, los liberales buscaban que, ya que el territorio nacional era muy grande, en cada región debía elegirse a sus propios gobernantes y elaborar sus leyes, pero unidos en torno a la nación.